



La ciudad en la que nadie come

Ciudadanía, 22/08/2019



Llegaron a la ciudad apenas empezada la tarde. El mal humor del viaje, por la parsimonia y lentitud del chofer, acalló cuando desembarcaron porque llegaban a una ciudad querida para ti. Una ciudad en la que alguna vez trabajaste; una ciudad en la que conociste gente valiosa y talentosa.

Habían pasado muchos años desde la última visita pero esta vez no estabas solo. El hecho de pisar una nueva ciudad en compañía de ella, hacía que las cosas fueran distintas, de otro color. Estaban allí por asuntos personales, académicos pero aprovecharías para disfrutar cada segundo de la breve estadía. Recordaste que la ciudad había sido víctima de un furioso terremoto

hacia una década atrás y sabías que la desidia de las autoridades poco o nada hizo por la reconstrucción. Fueron los mismos pobladores, cansados de esperar, que aunaron esfuerzos y sacaron a su tierra adelante. Naturalmente, todavía quedaba mucho por hacer pero no estaban allí para pensamientos tristes. Estaban allí para disfrutar, para intentar seguir adelante con sus vidas. Recorrieron las dos escuelas de arte, hicieron los trámites que debían hacer y tenían algunas horas para empaparse de la ciudad. Llegaron hasta el centro y decidieron caminar por las calles aledañas. Nada mejor que inmiscuirse en la cotidianidad del lugar para conocerlo mejor. Una caminata siempre es mejor que un aburrido paseo turístico de agencia. Necesitaban sentir el día a día de la gente, recorrer sus calles y-si era posible- visitar un hermoso templo que fue destruido por el terremoto. Descubrieron que los problemas de la inmigración también estaban presentes aquí y era penoso observar el estado de la miseria de los recién llegados. Gente suplicando una limosna para seguir con el sueño de establecerse lejos de la satrapía de su país. Los minutos pasaban y era momento de alimentar el cuerpo antes del concierto de intestinos. Nunca imaginaron que allí empezaría la odisea. Recorrieron la ciudad entera, dieron mil vueltas por las manzanas cercanas y no encontraron un miserable sitio donde alimentarse. En la plaza de Armas, unos muchachos ofrecían almuerzo pero los precios-exorbitantes- no merecían la pena. Demasiado dinero para tan poca oferta. Pensaron que, en el centro de la ciudad, tenían que existir algunos lugares para almorzar y al alcance de todos los bolsillos. Lejos estaban de la verdad, el tiempo pasaba, el sol rebelde de abril-sumado al desierto en donde se asienta la ciudad- los abofeteaba en cada rincón del cuerpo y la caminata los dejaba exhaustos y nada. Preguntaron a los lugareños y siguieron, al pie de la letra, las indicaciones que les dieron para llegar a los lugares que indicaban y nada. Llegaron a uno de ellos y estaba cerrado, a otro y acababan de vender el último menú del día. Decidieron no rendirse, no era posible que no encontraran un solo lugar en donde llevarse un bocado. Visitaron el mercado con la esperanza de encontrar alguna señora con las ollas que los salvarían de la inanición pero fue en vano. Parecía que en aquel lugar la gente solo iba a comprar con el estómago lleno. Pensabas en los visitantes, en los turistas y sabías que no todos tenían el presupuesto suficiente como para pagar los alimentos en hoteles de lujo. Se acercaba el atardecer y nada, no habían conseguido almorzar. Decidieron no perder el buen humor del viaje. Conversaban divertidos sobre lo que les acababa de ocurrir. “Deberías escribir algo sobre esto”, comentó ella. Pensaste unos minutos y sí, era buena idea. Tengo el título de la crónica: “La ciudad en la que nadie come”, dijiste.